

**DAVID DE GRANNDÁ**
Estudia Filosofía y Letras, Universidad de Nariño**DALIAS**

El paisaje se distorsionaba por la ventana, los árboles, los postes, las vacas, los potreros se desgarraban al pasar del veloz auto en el que iba. Ya ese día había amanecido gris, frío, triste, maltratado; como si presagiara con su melancolía el dolor que me invadía.

Sumergido en los pensamientos como en un pantano del que no podía salir, saqué fuerzas de donde no las tenía y me subí a la carretilla de caballo que amablemente me llevó hasta la vereda, hasta la casita. El frío mordía la piel. El cochero, con su cabeza gacha ni siquiera guiaba a su bestia, pues tantas veces habían recorrido el mismo camino polvoriento que ya sus cascos pisaban siempre la misma huella. El cielo cargado de grises nubes teloneaba la escena. Él en silencio y yo también, su sombrero ocultó su rostro, su mutismo amordazando su voz; parecía la muerte a mi lado, llevándome con ella, pero no, ¡No era la muerte!

De repente como una cachetada, me sacó del transe, la visión de la casita aquella; seguía siendo la misma. Ahí el tiempo se había amañado y parecía que nunca quiso irse. Blanca cual nube caída, con sus tejas verdes por la maleza que en ellas crecían, se remataba a sí misma con un cerco y un aljibe a la entrada. Fue la primera vez que la vi triste, estaba oscura, silenciosa, por el techo no se colaba el humo anunciando la merienda, y la reja que siempre estaba cerrada, ahora la encontraba abierta.

A pasos de entrar al cuarto donde estaba el cadáver, me detuve. Corté unas cuantas Dalias rojas del huerto y entré apuñándolas como si de verdad me estuvieran acompañando. Las mujeres rezaderas eran sombras, el ataúd rústico se iluminaba por cuatro velones que ya iban en la mitad lagrimeando de tristeza. Me senté en silencio y al momento me incorporé, puse las Dalias sobre el féretro y abrí la tapa. Ellas seguían rezando... 'Dios te salve María llena eres de gracia, el señor es contigo'...

Ahí estaba, durmiendo el sueño eterno, con su rostro pálido y sus manos cruzadas. Le recordé en su ferviente juventud vieja, sentado yo a su lado escuchándole cientos de relatos, abrigándome con su ruana, a la orilla de la hornilla que fogoneaba un café de tarde. Cada que íbamos a visitarle, a él, a mi tío, todos salían a ver el paisaje, a respirar, a caminar, pero yo no. Yo prefería quedarme a su lado y escucharle hablar, verlo levantarse con su manojo de llaves y su bordón compañero, a avivar con el juco la candela. Pero eso era recuerdo, él ya no estaba, se había ido, la casa se quedaría sola, pues nada más que él vivía en ella, el tiempo se iría también de ese lugar, la reja nuevamente se cerraría y las Dalias morirían secas.

'Bendita eres entre todas las mujeres'... Y yo que hace mucho me enemisté con Dios, me uní al rezo: 'Y vendito sea el fruto de vientre, Jesús'. Lo hice por amor a mi tío, por respeto, por no quedarme callado, porque no había más qué hacer.

Volteé la mirada y en la banca donde a mi lado había antes nadie, ahora una viejita vestida

también de duelo me devolvía la suya. Su rostro cual mapa hablaba en arrugas, la luz de los velones silueteaba su esquelético cuerpo, sin mediar importancia a su presencia escuchaba a la anciana que llevaba la batuta en el rezo: 'Los misterios que vamos a contemplar hoy son los Dolorosos'.

El manto de la fría noche había caído sobre la vereda, San José se llamaba. Cerré los ojos y mientras las voces de ultratumba respondían al unísono 'Amén', evoqué los momentos en que fui feliz recorriendo a caballo sus potreros, bajando hasta el río, jugando con los niños -ahora hombres que ya no reconocía- sin parar hasta tarde de la noche, hasta que la voz de mi tío nos llamaba desde arriba de la colina, no vaya a darnos un mal aire, o se nos aparezca el duende.

'Tío, ¿has visto alguna vez el duende?' -lo indagaba cada vez que iba mi curiosidad de infante-.
'Sí mijo, es pequeño, de un sombrero grande, pero no es malo como dicen, en el monte ayuda a juntar la leña, a veces cuando uno sale a buscarla ya la encuentra hecha manojitos amontonada a lado de los árboles. El otro día lo vi corriendo al filo del río, se le había caído el sombrero y no sabía cómo cogerlo'.

'¿Tú de verdad lo has visto?'

'Claro, muchas veces, aunque de lejos, es receloso y nos tiene miedo.'

'¿Y es verdad que se lleva a los niños?'

'Sí, pero no es por malo, es amigable el duendecito y anda solo.'

'Pobrecito, me gustaría irme con él aunque sea por una tarde, a jugar a la orilla del río'.

'¡No!, si se lo lleva mijo, no lo vuelve a traer, ¿no ve que está solo?'

Y era oír su viva voz en esos cuentos que me atrapaban, su voz baja con un tono verdadero, tan verdadero como que hasta ahora creo que el duende existe.

'Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre'... Los rosarios daban vueltas y vueltas en las manos calludas de aquellas señoras. Debía ser casi la media noche y me paré nuevamente a verlo, mi tío seguía dormido.

Detallé que lo habían bañado, pues su cabello aún seguía húmedo, en el ataúd tenía a lado y lado: Espejo, peineta, una vela, fósforos y un látigo. No dije nada, le sonreí esta vez sin que pudiera verme y me senté de nuevo.

'Quinto misterio: La crucifixión y muerte de nuestro señor'.

Pensaba para mí mismo para qué era todo lo que había en ese ataúd, si ya estaba muerto. Tremulaba un velón. De repente, la señora que estaba a mi lado sin voltear su mirada me dijo:

'La vela y los fósforos le iluminarán el camino, es oscuro allá. Con el látigo se defenderá de los malos espíritus que se le acerquen. Y la peineta y el espejo será para arreglarse cuando tenga que ver la luz'.

Las sombras seguían rezando pero sin yo oírles la voz, sólo lo que la señora me decía.

'Es media noche, hay que irse ya'.
'¿Para dónde?' –le pregunté.
'Para siempre' –me respondió.

Y la oscuridad de la noche invadió la pieza, un ventarrón fuerte apago los velones, el frío sin soportar el mismo frío paralizó una vez más el tiempo. En la oscuridad perpetua en la que estábamos una luz azul celeste se encendió, y lo vi caminar de nuevo, con su bordón amigo y su pasito lento hacia la puerta, la señora de negro iba a su lado guiándole los pasos, paso tras paso, salió de la pieza y en la negrura de esa noche se fue perdiendo.

'Dale señor el descanso eterno, y brille para él la luz perpetua'. Seguían rezando las sombras como si nada hubieran visto.

Salí hasta el camino dejando la reja cerrada, y decidí irme, él se había ido también. Abandonando las Dalias rojas, ya moribundas sobre el féretro, juré nunca más volver a San José. Las Dalias ya estaban muertas.